

detenido de repente. Oyó entonces sin que pudiera distinguir las palabras, una suave voz de mujer que parecía hablar acongojada como si suplicase algo, y otra de hombre, fuerte y colérica, que exclamaba enérgicamente:

—¡No, no... ahora mismo!.....

Inmutóse Currita atrozmente, y metióse la mano en el bolsillo como si buscara el *lignum crucis*; abrióse entonces la mampara y apareció el Mayordomo mayor, también muy inmutado... La dama, fingiendo siempre hallarse absorta en la contemplación del retrato, volvió ligeramente la cabeza, y saludó con la mano al personaje diciendo con vocecita á su pesar temblorosa y angustiada.

—¡Magnífico retrato!— Yo no lo había visto ¿Cuándo lo han puesto?.....

Mas el Mayordomo, sin contestar á la pregunta y con el esfuerzo de quien cumple un deber penosísimo, díjole balbuceando:

—Su Majestad la Reina la dispensa del servicio.... y me encarga le manifieste su deseo de que devuelva la cruz de dama.....

Currita dió una rápida media vuelta, apretando los puños y echando atrás la cabeza cual si fuera á embestir al Mayordomo, fijando en él la mirada de sus claros ojos enormemente abiertos, que reflejaban toda la ira del que recibe un salvazo en el rostro, todo el espanto del que ve derrumbarse una última esperanza, toda la solapada é impotente amenaza que encierra el terror del débil, aniquilado por una mano más fuerte.....

Luego, como si despertase en ella de repente la altiva rica-hembra, al ignominioso contacto de una bofetada, arrancóse ambas cruces del pecho, y las arrojó en el suelo.....

### VIII

Aquel golpe terrible no anonadó á Currita, ni le infundió

tampoco el extraño sentimiento, mezcla de vapor y de ira, que al recibir en Loyola un bofeton semejante, la había obligado á confundirse, y á humillarse y á callar... Detrás de la mano de Pedro Fernández había visto entonces la mano de Dios, que le impedía profanar con el escándalo de su vida su santa Casa, y detrás del bofeton del Mayordomo de Palacio, tan sólo veía la mano del Rey, que no era para ella una idea, sino un hombre, contra el cual se podía luchar, y al cual se le podía también vencer.

Mas harto comprendió desde el primer instante, con la rápida percepción de su claro entendimiento y su mucha práctica de mundo, que en vano emplearía todas las astucias de su ingenio, todos los atrevimientos de su audacia y todos los recursos de su dinero, en atraerse de nuevo á sus amigos y formar en torno suyo aquella brillante corte que era la médula de su vida, porque era también la de su vanidad. Nada arrastra tanto como el ejemplo de un príncipe, capaz por sí solo de salvar ó perder á una sociedad entera, y la severa repulsa dada á Currita en Palacio, justa en medio de su severidad, que si de algo pecaba era sólo de tardía, había de arrastrar sin duda á Madrid entero, derrumbando á la ilustre dama desde la altura de su gloria, con todo el estrépito de los grandes escándalos, con todo el ensañamiento con que del árbol caído se apresuran todos á sacar leña.

Por eso, sin darse ella por vencida, ni cejar un punto en su tenaz empeño, y fortaleciendo siempre con el despecho y la rabia y hasta el dolor mismo, su terquedad de mujer voluntariosa siempre mimada, optó desde luego por el camino de los hábiles políticos, y los diestros estratégicos y los conocedores prácticos del mundo y del corazón humano; una prudente retirada que sosegara los ánimos, y diese tiempo á que las memorias olvidaran, cesasen las prevenciones, se cansaran las lenguas, y los escándalos nuevos hicieran olvidar y áun perdonar los escándalos pasados. ¡Había visto ella tanto de eso!... La ocasión, por otra parte, no podía ser más oportuna; Fernandito había llegado al estado de imbecilidad completa, que traen consigo los reblandecimientos cerebrales, y preciso era llevarlo á París á que alguna notabilidad médica intentase el verdadero milagro de despertar un

chispazo de inteligencia en aquel meollo huero, que jamás había dado luz alguna.

El viaje fué, pues, decidido, y dos días antes dirigióse Currita al colegio de Chamartín de la Rosa, para sacar á Lili... La niña había cumplido ya doce años, y más bien que una criatura que comenzaba á vivir, parecía un ángel que iba á volar. Había en sus grandes ojos azules algo que recordaba el cielo, algo á la vez triste y sereno, candoroso y profundo, que comunicaba á todo su ser cierto poderoso y triste encanto, semejante al que infunde en el alma la inocente sonrisa de un niño huérfano.

Acogióla la madre con sus más suaves mimitos, y díjole al oído, abrazándola, que le traía una noticia muy buena, muy alegre, muy grande.....

—¿A qué no la aciertas?.....

La niña, con los grandes ojos llenos de lágrimas, y teñidas las mejillas del carmín más puro, dijo prontamente:

—¿Que mi papá está mejor?—¿Qué se ha confesado?...

Quedóse Currita desconcertada, como le sucedía siempre con las salidas intempestivas de aquella criatura. ¿Quién había de creer que iba á acordarse de su padre, y á pensar en si le habían ó no administrado aquel Sacramento que le hacía tanta falta?... Echóse á reír muy maravillada. ¡Ca! si no era eso... era mejor todavía; era una cosa referente á ella misma; lo que mejor le podía suceder, lo que sin duda estaba ella esperando...

Y de nuevo tornó á maravillarse, porque la sangre entera de Lili afluyó entonces á su rostro, un temblor nervioso agitó sus manitas, y levantó los ojos hacia su madre, rebotando anhelo comprimido, esperanza dulcísima de oír lo que era sin duda su más ferviente deseo. Su boquita de ángel se entreabrió un momento para dejar escapar su secreto, como deja escapar una flor su fragancia, y de nuevo tornó á bajar los ojos, poniéndose más y más encarnada, y guardando silencio, con una cándida sonrisa dibujada sobre los labios.

—Pero tontilla, ¿no lo adivinas?...—Es que se acabó ya el colegio: que te vas á venir conmigo...

¿Quién lo había de creer!... Al oír esto la niña, apagóse

en sus labios la sonrisa, como una luz que mata de repente una ráfaga de viento; cruzó las manos angustiada, miró á su madre con espanto, y se echó á llorar á lágrima viva, con el corazón encogido...

—¡Pero vaya por Díos, vida mía!—exclamó Currita estupefacta. ¿A qué viene ese llanto?... ¿Es que no quieres venir?...

Lili, enjugándose con ambas manitas los ojos, repetía sollozando:

—Aquí me quieren todos... todos...—Las Madres y las niñas....

—Pero hija mía, ¿acaso en tu casa no te quieren?—exclamó Currita poniéndose muy seria; y la niña, titubeando un momento, contestó con candorosa sencillez, cuyo alcance no supo medir sin duda.

—Ahora no está allí Paquito...

Currita sintió un movimiento de ira, que se trasformó al punto en dolor profundo, en dolor vivísimo que jamás había sentido, allá en el fondo de sus entrañas de madre... Sus ojos se llenaron de lágrimas, atrajo hacia sí á la niña, separóle del rostro ambas manos, y besándola en la frente, díjole con mucho cariño:

—Pero lo recogeremos al paso, tonta, y nos iremos á París todos juntos.

La niña meneó la cabeza apartándose del regazo de su madre, y procurando dominar su aflicción, como si se aprestase á una batalla, dijo resueltamente:

—Y además... yo no puedo irme de aquí...—No, no puedo.

—¿Pero por qué?...—Si eres ya una mujer, y aquí están solo las niñas...

—Y las mujeres también..

—¿Pero hija, por Díos!—¿dónde están esas mujeres?..

—Las Madres son mujeres.

—¿Pero tu quieres ser monja?—exclamó Currita abriendo mucho los ojos; y la niña, cerrando los suyos y moviendo energicamente la cabeza, contestó con firmeza:

—¡Sí!...

—¡Yaaa! Muy bien: ahora lo entiendo,—dijo Currita muy

despacito con su tono de voz más suave... Y las Madres, como te quieren tanto las... pobrecitas, te habrán metido esa idea en la cabeza...

—¡No, no señora!... —Las Madres no me han dicho nada.

—Pues entonces habra sido el confesor, el P. Cifuentes.

—Tampoco...

—¿Pues quién te lo ha dicho?...

—Paquito.

—¿Paquito?... ¡Vaya un apóstol!...—¿Y por qué no se mete él fraile?

—Eso le escribí yo... Y le envié la vida de San Estanislao, y una estampita de San Luis Gonzaga... Pero me contestó que él era muy desgraciado, y tenía que hacer en el mundo una cosa muy grande, muy grande... Yo no sé lo que será...

Currita comenzó á sospecharlo, y se puso muy pálida; la escena terrible de su estudio, cuando el niño se había arrojado sobre Jacobo como una fiera sedienta de sangre, acudió á su memoria con gran viveza, estremeciéndola de espanto, infundiéndole esa especie de terror retrospectivo que causa un peligro pasado, despertando en su alma el aguijón de un remordimiento, avivando en su corazón el dolor de una herida chorreando aún sangre!... ¡Oh! ¡Ya no tenía qué hacer el pobre niño aquella cosa muy grande, muy grande, porque otra mano más culpable le había tomado la delantera en la esquina de Recoletos!...

Lili, sin imaginar siquiera en su sencillez de angel, el efecto que en su madre podían causar sus palabras, continuó diciendo:

—Me decía que fuese siempre muy buena, y no saliera nunca del colegio, y rezara mucho por él, y por V. y por mi papá; porque la ira de Dios iba á descargar sobre nuestra casa... Yo lloré mucho, mucho, y ofrecí entonces ser monja, y se lo dije á la Madre Larín y al P. Cifuentes.

—¿Y qué te dijeron?—preguntó Currita con los labios blancos.

—La Madre se echó á llorar...

—¿Y el Padre?...

—Se echó á reír, y me consoló mucho, y me dijo que no ofreciese nada, sin que él me avisase.

Currita se quedó muy pensativa, y permaneció largo rato en silencio, mirando á la niña; de pronto dijo:

—¿Pero el P. Cifuentes, te querrá mucho?...

—¡Oh sí!...—Es muy bueno; me quiere mucho...

Calló otra vez, seria y meditabunda; porque en medio de aquel rudo oleaje de afectos con que la gracia de Dios combatía su alma para sacarla á flote, santos unos como el amor de madre, saludables otros como el remordimiento, apareció muy honda, y comenzó á subir, á subir hasta flotar en la superficie y sobrenadar en lo alto, y llenarlo todo y dominarlo todo, la idea fija, su angel malo, el pensamiento constante que llevaba clavado en la frente como un dolor neurálgico, de satisfacer su vanidad y vengar su despecho, recobrando de nuevo su antigua posición y su brillante corte de mujer elegante. Había visto de repente un camino desconocido, un sendero tortuoso, que allí llegaba dando rodeos, y ya no oyó más, ya no se ocupó de otra cosa... Cinco minutos largos permaneció callada, inmóvil, tirando al parecer sus planes.

Lili, con las manitas cruzadas sobre las rodillas y la cabeza baja, la miraba de cuándo en cuándo á través de sus largas pestañas, extrañada de aquel singular silencio.

Rompióle Currita al cabo; aquella pichoncita suya monísima y preciosa, la había enternecido... pero todo aquello era muy serio, muy grave, y hacía preciso pensarlo despacio, muy despacio, y no decirlo así de repente, en un segundo... Por de pronto, dejaría á la niña en el colegio, y detendría ella su viaje para hablar con el P. Cifuentes.

Lili, al oír esto, saltó espontáneamente de la silla y se arrojó al cuello de su madre, cubriéndole el rostro de besos, llorando y riendo al mismo tiempo, como se mezclan la lluvia y el sol en un chubasco de Mayo. Ella se enterneció un poquito, y derramó tres lágrimas:

—Con que nada, pichona mía; —mucho juicio y pide á Dios que á todos nos ilumine... Y ahora, vidita mía, dile á la Madre Larín que quiero hablarle un momento... ¿Eh, pichona?... Cosa de un segundo, avísale tú, vidita...

Llegó la Madre Larín, muy alarmada, temiéndose alguna

trapisonada, y Currita, con patético ademán, se arrojó llorando en sus brazos... Era aquel día el más grande de su vida; por fin le concedía Dios lo que con tanto ahínco le había pedido siempre: tener una hija religiosa!... Ciertamente que le pasaba aquello el alma de parte á parte, que quizá le costaría la vida separarse de aquel pobre angelito; pero lo que sentía ella era no tener siete hijos como santa María Magdalena de Pazzis, para ofrecérselos á Dios uno á uno. ¡Estaba el mundo tan malo!.....

La Madre Larín, muy escandalizada al ver á Santa María Magdalena de Pazzis, hecha de repente madre de tan dilatada familia, se apresuró á protestar con mucho respeto:

—Santa Sinforosa, querrá decir sin duda la señora Condesa.

—¿Fué Santa Sinforosa?...—¿Pues yo creí que había sido la otra; como leo todos los días el *Año Cristiano*, armo á veces unos galimatías!... ¿Y dígame, Madre Larín, cree V. que perseverará mi hija? ¿qué su vocación será verdadera?

La Madre enarcó las cejas, y con mucha humildad dijo:

—La niña es formalita, y á lo que yo puedo colegir, así lo espero... Pero siempre será mejor que el Padre espiritual informe á V. de todo esto.

—¿Y quién es?

—El P. Cifuentes.

—¿El P. Cifuentes?...—¿De veras?... ¿Cuánto me alegro!... Si es un santo, un hombre de tanto saber y prudencia...

—¡Ya lo creo!...—Consúltele V. y verá...

—Pero si no lo conozco...—¿Ay Madre Larín!... ¿Quisiera V. escribirle una cartita... *deux mots*, recomendándome? ... Dígale V. cuáles son mis deseos, lo que yo quiero á mis hijos, la sencillez con que procedo siempre... Así me escuchará con benevolencia... Usted me conoce bien, Madre Larín... ¡Soy tan desgraciada!... ¡Se tiene de mí un concepto tan falso!.....

Y Currita, persuadida ella misma de lo que decía, cual suele suceder á los embusteros de oficio, extendía las manos y abría mucho los claros ojitos, como para que La Madre Larín la estudiase por dentro, concluyendo por echarse á llorar amargamente, cubriéndose el rostro con el pañuelo. La

Madre, muy compadecida y creyendo que aquella oveja extraviada llamaba de nuevo al aprisco, procuraba consolarla, y prometiéndole escribir aquella misma noche al P. Cifuentes, anunciándole su visita.

—Se lo agradecería á V. en el alma,—Madre Larín; no lo olvidaré en toda mi vida! gimió Currita. Porque no crea V. que en el asunto de mi pobre Lili faltarán dificultades... Fernandito es muy bueno; pero al cabo, como hombre que es, no tiene la piedad de nosotras las mujeres, y verá la cosa de manera muy distinta.

Y ya en la puerta, despidiéndose cariñosamente de la buena Madre, volvió á repetirle:

—Que no se olvide V. de lo esencial...—Que comprenda el Padre la buena fé con que procedo en todo; lo rectas que son mis intenciones.....

Y de pronto, volviendo atrás desde la puerta como si de repente recordase algo.....

—¡Ay Madre Larín, se me olvidaba!...—No sé si lo encargué á Lili, porque con este notición, se me fué el santo al cielo... Me han dicho que están ustedes haciendo un monumento nuevo para el Juéves Santo, y quiero que sea á mi costa... Deseo mucho dejar á ustedes ese recuerdo; que Lili haga ese pequeño obsequio al colegio.....

—Gracias, gracias,—señora Condesa.....

—¿Gracias?... ¡Ay Madre Larín, que mundo, qué mundo!... ¡Ojalá y solo se gastara el dinero en cosas semejantes!...

Entró en la berlina... Verdaderamente que aquella idea debía de venir del cielo, porque era Lili, un ángel del Señor, quien se la había inspirado. Lo raro era que no se le hubiese ocurrido á ella antes, porque en aquella carta de Loyola, en aquella famosa carta de Pedro Fernandez, que se sabía ella de memoria, estaba perfectamente encerrada en su primera parte... "Si la señora Condesa de Albornoz viene á Loyola á confesar sus pecados y pedir á Dios perdón de sus extravíos, no tiene que fijar hora ni tiempo, porque todos son igualmente oportunos....."

Y glosando allá en su imaginación el parrajejo, discurría de este modo... Si la señora Condesa de Albornoz va á Loyola, es decir, al P. Cifuentes, y confiesa sus pecados y pide

á Dios perdón de sus extravíos, ó lo que es lo mismo, embauca á aquel varón respetable, diciéndole lo que le parezca, y callándole lo que juzgue conveniente para ponerle de su parte... á la sombra de su respetabilidad, agarrada á su manteo, entrará en el gremio de las beatas aristocráticas, y se abrirá paso, rosario en mano, por el atajo de la piedad, hasta el alto puesto de que la calumnia y la ingratitud la han arrojado.

Porque no era necesario para ello llegar hasta el sacrilegio, que tanto le habia aterrado siempre y la seguía aterrando; dispuesta estaba ella á lo que creía únicamente necesario para confesarse bien; acusarse de todos sus pecados y enumerar todos sus extravíos..... ¿Qué le importaba á ella que el Padre Cifuentes supiese lo que hasta en los mismos periódicos se habia publicado y habia leído sin sonrojarse?... Si hubiera algún sacrificio que hacer, si hubiera algo que cortar, sería entonces otra cosa; pero la muerte, el puñal de un asesino, se habia encargado de sacrificar, se habia encargado de romper, y ya no le quedaba á ella nada, nada, sino aquella herida en el corazon y aquel despecho en el alma!... Y ante aquellas dos ideas que la exasperaban, Jacobo muerto, y ella caída de su pedestal, sentía hervir su sangre de dolor y de ira, y pareciale lo primero el crimen más nefando que se habia cometido en el universo, y juzgaba lo segundo el acto de tiranía más atroz, que pudiera atribuirse á Nerón, á Tiberio ó á Busiris.

Con cierto miedecillo muy natural y fundado fué á ver al P. Cifuentes, porque tenia el Padre fama de marrullero; mas su voluntad, repentina como el capricho de una mujer, era robusta como la resolución de un hombre, y tranquilizábala en parte la íntima conciencia que tenia ella de que pocos la aventajaban en astucias y marrullerías. Con habilidad suma dió principio al desarrollo de su plan, comenzando por exponer la vocación de Lili, anhelo de su corazon, esperanza dulcísima de su alma, que estaba ella dispuesta á apoyar con todas sus fuerzas, aunque hubiera que luchar con las serias dificultades que habia de poner Fernandito; hábil estaquita esta última que plantaba desde luego la taimada, para agarrarse á ella más tarde, y destruir cuando hubiera logra-

do su objeto, los santos planes de la niña. Escuchábala el jesuita impasible, con las manos metidas en las mangas, clavando en ella de cuando en cuando la mirada de sus ojos, aguda como la punta de una lanceta, que hacia á Currita ladear los suyos, ora bajándolos, ora paseándolos por las paredes del cuarto. Cuando la dama dejó de hablar, sacó el P. Cifuentes á relucir la tabaquera de cuerno, con su heraldo obligado, el pañuelo á cuadros azules y verdes, y con la mayor naturalidad del mundo, dijo resueltamente.

—Su hija de V. no tiene vocacion, señora Condesa.

Quedóse Currita estupefacta y desconcertada, y tartamudeó moviendo la cabecita.

—Pues ella me habia dicho... yo creía....

—Creyó V. mal, — señora Condesa.... Esa niña es un ángel, de entendimiento muy claro, de corazon muy grande y muy recto, y está aterrada por las cartas de su hermano, que.... ¡pasan el alma, señora Condesa; pasan el alma!....

Y las dos lancetas que tenia en los ojos el P. Cifuentes, pasaban de parte á parte la frente de Currita, cual si fuesen á clavarse en el fondo de su pensamiento.

—Por eso—prosiguió lentamente el jesuita, quería esa pobre niña, ofrecer el sacrificio de sí misma, para asegurar la salvación de los demás, para expiar culpas ajenas por las cuales se affige, como se affigen los ángeles del cielo; llorándolas, pero sin ponérselas á nadie en cuenta.... Y note V. lo que digo, señora Condesa.— *Sin ponérselas á nadie en cuenta.....*

La señora Condesa bajó los ojos muy modestita, como haciéndose la desentendida de si era á ella ó no á quien le tocaba pagar aquella cuenta, y el Padre continuó:

—Pero como V. comprenderá, este sacrificio de precio incalculable, cuya idea le fomentaré yo por lo que en sí tiene de útil y meritorio, y porque bastará quizá el ofrecerlo para alcanzar de Dios lo que el pobre ángel pide, no es una vocación religiosa; es solo un ofrecimiento que en su afflicción y en su generosidad hace la niña, y mientras Dios no lo acepte, no existe la verdadera vocación, y yo por mi parte, ni puedo aconsejarla, ni autorizarla tampoco hasta entonces.

—Pues estamos al principio de la conversacion—pensó

Currita sin comprender del todo aquellas místicas sutilezas; y dando vueltas entre sus manos á un precioso Devocionario que había traído de intento para demostrar su piedad al Padre, dijo modestamente:

—¿Y qué cree V. entónces que debe de hacerse?....

—Dejar obrar á la gracia de Dios, que quizá le conceda como premio la vocación que aún no tiene, y mientras tanto, no sacarla del colegio.

—¿No cree V. entónces, que le convenga volver á su casa?....

El P. Cifuentes abrió la tabaquera, y con la impasibilidad del hombre que golpea en los oídos de un sordo, con la sencillez con que hubiera dicho que hacía calor ó estaba lloviendo, dijo tranquilamente:

—No señora....—Los ejemplos que vería en ella, no conseguirían quizá corromperla; pero de seguro lograrían matarla.

Currita no protestó contra aquel reproche tremendo; no se avergonzó ni se indignó tampoco. Asíóse, por el contrario, para llegar á su objeto, á la punta de aquella maza que la aplastaba, y dijo lastimeramente:

—¡Ay sí, sí, Padre, es verdad!....—¡Si V. supiera lo que pasa en mi casa! ¡Si V. conociera la situación en que me encuentro!....

Y adoptando el cálculo más hábil del disimulo, el de apropiarse la ingenuidad y disfrazarse con la sencillez y la franqueza, refirió con toda verdad al P. Cifuentes el escándalo de su vida, la trágica muerte de Jacobo, la calumnia difundida por aquellos enemigos invisibles, la imposibilidad en que estaba de acusarlos á ellos y defenderse ella misma ante los tribunales, y la necesidad que tenía de *alguien respetable*, de alguna *persona autorizada* por su santidad y su prestigio, que sacase la cara por ella perdonándole las *faltas* verdaderas y defendiéndola de los *falsos crímenes*, concediéndole su protección y su amistad, y rehabilitándola por este solo hecho á los ojos del mundo.... Y no pedía esto por ella misma que nada merecía y así lo confesaba; pedíalo por caridad de Dios, por lástima, por compasión hacia sus propios hijos...

Calló Currita, y con la cabeza baja y las manos cruzadas

y entornados los ojitos, esperó muy devotica, el sermón formidable, la peluca tremenda que creía ella iba á venir tras de aquello, seguida de alguna violenta exhortación á la confesión y á la penitencia, con algunos toquecitos de llamas del infierno, y luego, más tarde de lo que ella deseaba y con tanto anhelo iba buscando, un generoso ofrecimiento, noble, sincero y amplio... Mas el P. Cifuentes, que había escuchado sin pestañear todo aquel cúmulo de vergüenzas y de horrores, que no había hecho el menor gesto de asombro, de disgusto, de compasión ni de protesta, sacó la tabaquera de cuerno, tomó un polvo, y dijo lacónicamente:

—Haga V. los ejercicios...

—¿Los ejercicios?—preguntó ella muy sorprendida.

—Sí; los Ejercicios de San Ignacio, digo... Ayer los han empezado en el Sagrado Corazón, en la calle del Caballero de Gracia.... Todavía tiene V. tiempo; empiece esta misma tarde.

—Yo... bueno... desde luego,—dijo Currita titubeando. Pero según tengo entendido, solo se entra allí con papeleta, y yo no la tengo.

—Pues yo la recomendaré á V. á la Superiora, y le hablaré á la Marquesa de Villasis, que es Presidenta del Consejo.....

Currita sintió tal movimiento de gozo, que estuvo á pique de venderse... ¡Por fin triunfaba, y á pesar de su impasibilidad y no obstante sus marrullerías, hacia tragar al bendito Padre todo el anzuelo!.... Entre la Marquesa de Villasis, la dama de mejor nombre en la corte, y el P. Cifuentes, el sacerdote de más prestigio, haría ella su entrada triunfal en el gremio de beatas aristocráticas, y una vez dentro, no bien tomase ella terreno, ya sabría reconquistar palmo á palmo los aplausos y las adulaciones, y colocarse de nuevo en el antiguo puesto perdido.

Vistióse sencillamente, siempre con aquel prolijo cuidado de los detalles pequeños, que desprecian los talentos vulgares y tienen en mucho los privilegiados y prácticos; una modesta falda de seda negra, un abrigo de terciopelo con pieles, y la mantilla recogida por completo sobre los hombros, *chiffonnée* con mucha gracia cubriendo las blondas del velo

parte del rostro, pero dejando ver perfectamente los rojos pelitos, contraseña suya característica, que cuidó muy bien de dejar á la vista con cálculo prudentísimo, para que en caso de oscuridad ó de duda, pudieran todos reconocerla.

A las cinco comenzaba el santo Ejercicio, y á las cinco y siete minutos calculó ella muy bien su entrada, para que fuese de todos vista. Apeóse del coche y entró en el zaguan, creyendo encontrar allí alguna religiosa ó algún portero á quien preguntar por la Marquesa de Villasis ó por el P. Cifuentes; más sólo vió delante una empinada escalera dividida por en medio con un barandal de hierro, que hacía veces de pasamanos. En lo alto, dos señoras cuchicheaban entre sí muy quedito, é interrumpiéndose bruscamente al ver subir á Currita, desaparecieron al punto, sin que la dama pudiera reconocerlas. Encontróse entonces frente á la puerta de la capilla, que estaba de par en par abierta; era ésta entrelarga, ancha y extensa, con una gran puerta en el fondo que daba al interior del colegio, y otra lateral para el servicio de la gente. En el testero hallábase el altar, párcamente adornado, con algunas luces que ardían á derecha é izquierda del tabernáculo. Arriba, en la parte más alta, había una hermosa efigie del Sagrado Corazón, y caía desde sus pies hasta abajo, un gran paño de brocado recamado de terciopelo rojo, con estas palabras bordadas:—*Venite ad me omnes.*—A uno y otro lado de la gran puerta del fondo estaban las sillas de coro de las religiosas, y sentadas en ellas las señoras del consejo: la Marquesa de Villasis ocupaba la esquina derecha, teniendo á su lado á la Duquesa de Astorga.

Currita vió desde la puerta el extremo de un banco desocupado, y ante él se arrodilló, haciendo uno de esos garabatos que creen ciertas damas santiguarse, cruzando las manitas sobre el respaldo, inclinando la cabeza con mucha devoción, y poniéndose á registrar con el rabillo del ojo todo cuanto había y pasaba dentro de la capilla... ¡Prodigio maravilloso de la perspicacia y fuerza comunicativa de la grey femenina!... Cuatro minutos después, no quedaba en el extenso recinto una sola alma más ó menos pía, que no hubiera atisbado la entrada de Currita sin que fuese necesario para ello mas que alguno que otro suave cuchicheo, alguna que

otra disimulada seña, alguno que otro libro devoto ó rosario bendito que rodaba por el suelo, para dar ocasión á la dama que lo recogía. de lanzar una rápida mirada con el mayor disimulo. Allí estaba ella, con mucha devoción, aguantando á pie quieto, las miradas, y suponiendo los comentarios internos que acompañaban á éstas; la Condesa de Murguía, señora muy severa, que había comido muchos viernes en casa de Currita, y disfrutado no pocas veces de su palco, en el teatro, hallábase á su lado... Alarmóla esta proximidad; volvió la cara angustiada, y apretando cuanto pudo á las otras señoras que ocupaban el banco, apresuróse á dejar entre ella y la escandalosa, un gran espacio vacío. Currita, sin perder su devoción, sintió ganas de tirarle del pelo.

Entró á poco una señora con dos niñas al parecer sus hijas, y una de éstas, la más pequeña, fuese á arrodillar junto á Currita en el hueco vacío; mas la madre, advertida sin duda por otra señora que le habló por lo bajo, levantóse prontamente, tocó en el hombro á la niña, y apartóla de allí. Currita no sintió esta vez ira; sintió una sensación penosa, amarga, desconocida para ella, que se le figuró semejante al desconsuelo de verse sola y desamparada por un ser querido; aquella niña, le había recordado á Lili.

Entraban nuevas señoras, llenábase la capilla de bote en bote y apiñábase las rezagadas contra las que habían llegado antes, sin que ninguna quisiera ocupar el sitio vacío al lado de Currita. Ella sintió crecer aquel desconsuelo que la oprimía, y la angustiaba y le producía una irritación sorda, una amarga iracundia, que la llevaba á escarbar llena de saña en el basurero de su vida, buscando y enumerando las vergüenzas públicas, las inmundicias de todos conocidas, que le había tolerado, consentido y hasta aplaudido como amables *pequeñeces* aquel mismo Madrid que ahora le volvía la espalda, para arrojárselas á la cara, gritándole con muy buena lógica: ¡Acaso soy ahora peor que lo fuí antes?... ¡Por ventura hace más fuerza en tí una calumnia anónima, levantada por pérfidos asesinos, que ese montón de lodo con que á todas horas te he salpicado el rostro?...

¡Oh! ¡qué mundo, qué mundo aquel tan injusto y tan asqueroso! ¡Con cuánta razón se resistía á entrar en él Lili,

aquel ángel del Señor tan puro y tan bello!... Y á este recuerdo, con la rapidez con que se muda la decoración en una comedia de magia, substituyó en su mente la imagen de la niña al Madrid injusto y asqueroso que provocaba sus iras, y quedaron frente á frente, embargando todo su entendimiento, la celestial figura de Lili, derramando luz vivísima del cielo, y el montón de lodo repugnante y hediondo, la charca sucia y cenagosa que acababa de formar ella con tanta saña, haciendo examen general de toda su vida... Currita creyó ver una cloaca á la pura y rosada luz del alba, creyó ver el infierno á la luz del paraíso, y se sintió confundida y se juzgó condenada; porque aquel montón de lodo era ella misma, y aquel resplandor de Lili era la luz de Dios, único criterio de moral, independiente de miserables condescendencias sociales, á que deben de ajustarse los actos humanos. Un último movimiento de soberbia la agitó sin embargo.

—¡Soy una infame, es cierto!...—¡Pero que no me condenen los hombres, que me condene Dios!...

Y al levantar la vista rabiosa y desesperada, como para lanzar en torno una mirada de orgulloso desafío, divisó al frente la imagen de Jesucristo, del Juez único que su soberbia vencida aceptaba, mostrándole su corazón herido, diciéndole en aquel letrero que tenía por debajo:—*Venite ad me omnes.*—Un crujido misterioso lastimó entonces su pecho, y repitió muy quedo:

—¡Omnes...—Todos, todos!...

Habíase mientras tanto rezado el Rosario, y un jesuita subía en aquel momento al púlpito, para exponer la meditación que correspondía, según el orden establecido en los Ejercicios de San Ignacio. Era sobre el juicio final, y dividióla en tres partes: la confusión de los hipócritas al ver patentes sus pecados ocultos; la suprema vergüenza de los escandalosos, al ver objeto de la execración universal, los pecados públicos de que habían hecho gala; y la justificación de la Providencia, la manifestación clara de los misteriosos caminos ordenados por Dios, para bien siempre del hombre; la sapientísima urdimbre, puesta al descubierto de grandes hechos y pequeños acontecimientos, de penas y alegrías, derrotas y triunfos, llamamientos y amenazas, premios y cas-

tigos, que han de probar en la vida de cada criatura, mirada de frente á la luz de aquel tremendo día, la paternal providencia de Dios para cada hombre, la conjunción perfecta sobre cada uno de ellos, de sus dos atributos, el más temible y el más deseable, la misericordia y la justicia.

El jesuita hablaba llanamente, expresando con sencilla claridad aquellas tremendas verdades, y trazando á veces pavorosos cuadros que herían la imaginación, estremecían los corazones y preparaban los ánimos para el eco futuro de aquellas temerosas palabras:—*Osa audite, audite verbum Domini!*...—Reinaba un hondo silencio, muy semejante al silencio del pavor, y el jesuita, torciendo un poco el rumbo á sus palabras, dejó ver de repente la bondad infinita de Dios, la más consoladora de todas sus grandezas, su inmensa misericordia, brindando siempre al pecador con un perdón tan sin límites y tan amplio, que desaparecen en él, cual si fueran átomos, los más enormes pecados.

—Imagináos,—dijo, un hombre llegado al último extremo del crimen; cargadle en vuestro pensamiento con todas las acciones afrentosas que fuera posible imaginar; vedle dormir tranquilo en medio de su vergüenza, como si se viera al abrigo de la muerte, como si no tuviera ya remordimientos ni tuviera conciencia... Mas un día, lo mismo que en el sueño de Nabucodonosor una piedra desprendida de la montaña hizo pedazos al coloso con pies de barro, así también un átomo arrancado á la misericordia de Dios por los ruegos de algún justo, derribará sin causa alguna aparente á ese coloso del mal, y formará en sus entrañas desesperadas una lágrima, que subirá hasta el corazón y pasará por los caminos que Dios ha hecho para llegar á sus ojos marchitos, y brotará por ellos, y rodará al fin por sus mejillas... ¡Esa lágrima le ha revelado la verdad y conquistado el perdón y devuelto la paz!...

Y como si aquella lágrima bendita, alcanzada por la oración de un justo, se formase en aquel momento en algunas entrañas, y subiese hasta un corazón, y brotase por unos ojos, con explosión de dolor formidable, rompió el hondo silencio un sollozo que resonó por todos los ámbitos de la capilla, haciendo al jesuita enmudecer un instante, y mirarse

pálidas y sobrecogidas á cuantas vieron á la Condesa de Albornoz desplomarse sobre el reclinatorio, aniquilada como el grano de mijo que machaca la piedra de molino, mordiéndose las manos para contener, como con esfuerzo sobrehumano contruvo, los gritos, los sollozos, los alaridos de dolor que parecían hervirle en el pecho, sin llegar á reventarle por los labios.

Terminó el sermón, y siguióse luego, y terminó también aquel canto suavísimo, patético grito de pecador arrepentido: — ¡Perdón, oh Dios mío! — y la numerosa concurrencia desfiló por delante de Currita, sin que levantase ella la cabeza ni hiciera un movimiento, como si la vergüenza de su vida entera la tuviese allí sujeta, clavada, ante las miradas curiosas, compasivas y aún burlonas de sus antiguas rivales.

Quedó la capilla solitaria, y una religiosa lega que se deslizaba como una sombra, apagó las luces una á una, sin que la Condesa de Albornoz se moviese de su sitio ni diese muestras de vida. . . . Unos brazos la rodearon al fin en aquella soledad de que solo Dios era testigo, y una voz muy conmovida le dijo muy bajo:

— Currita, hija mía. . . — Abajo tengo mi coche. . . ¿Quieres que te lleve? . . .

Ella levantó la cabeza, y fijó en la que así hablaba una mirada hosca, medrosa, que no parecía tener conciencia de la realidad, y reflejaba como en dos vidrios profundos todos los asombros y todas las agonías. . . Reconoció al fin á la Marquesa de Villasis, y el rostro de la pecadora, rojo de vergüenza por primera vez en su vida, ocultóse en el casto pecho de la mujer fuerte, balbuceando entre sollozos:

— ¡Sí, sí! . . . — A donde no me vea nadie. . . A Chamartin con mi hija. . .

La niña no se sorprendió al verla. . . Había ofrecido aquella tarde, por aviso del P. Cifuentes, el sacrificio de su vida, y esperaba confiada y serena, como esperan las lágrimas del pecador los ángeles de la guarda. . .

## IX

Se ha dicho que más cavila un pobre que cien abogados, y hay quien cavila más que cien pobres y cien abogados juntos: cualquier muchacho haragán, que se ve con un libro delante, clavado en un banco. En este caso se hallaba aquel día en el estudio del colegio de Guichon Alfonsito Telles Ponce, alias *Tapón*, piel del diablo, corazón de ángel, enredador como él solo, ídolo y tentación perpetua de sus compañeros, encanto y purgatorio eterno de sus maestros.

Sus propósitos no podían, sin embargo, ser aquella mañana mejores, ni sus intenciones más rectas: celebrábase al día siguiente el santo del P. Rector, con una jira de campo famosísima, allá en la playa de Biarritz, y el mísero Tapón, condenado por tres ó cuatro sentencias á recluimiento perpetuo, proponíase con un día entero de observancia completa, alcanzar el indulto general de sus condenas, y el sobreseimiento de las diez ó doce causas que por diversos atentados, conatos é infracciones de la ley, se le seguían ante el tribunal del P. Pretecto.

Levantóse, pues, de un salto al primer toque de la campana, lavóse sin derramar una gota de agua, y sin otro percance que el de meter un pie en el orinal y hacerlo añicos, sin intención deliberada, por supuesto, púsose en formación muy derecho, entró en la capilla y oyó Misa lo mismo que un San Luis Gonzaga.

Bueno iba aquello; mas al salir del sagrado recinto dióle un brinco el diablo en el cuerpo, y sin poderlo remediar tiró al compañero que marchaba delante en las ordenadas filas, del pañal de la camisa, que impudicamente le asomaba por debajo de la blusa. En la sala de estudio rezó el *acciones nostras* con devoción suma, sacudió un papirotazo á su vecino de la derecha, arrastrado por la fuerza de la costumbre, tiró al suelo los libros del de la izquierda, por una necesidad